



LAIA BERNAUS

BARCELONA.- La idea es romper con la tópica frase de «odio los hospitales». El trabajo de los voluntarios ha hecho del Hospital Sant Joan de Déu, especializado en la atención infantil, un lugar donde ni las paredes son grises ni las salas de espera silenciosas. Centenares de niños que ocupan las habitaciones del centro lo agradecen día a día.

La tarea de voluntariado en el hospital empezó hace más de 30 años y ahora ha quedado recogida en un libro, *El caballo de Miguel*, editado por Plataforma Editorial. Belén Roldán y Tina Parayre, coordinadora de los voluntarios, vuelcan en el texto los momentos más fantásticos de su experiencia, sin dejar de lado la realidad trágica de la enfermedad de un niño.

El objetivo es mantener la ilusión de los enfermos. Tina Parayre lo tiene claro y así lo certifica: en Sant Joan de Déu «hay muchas más risas que llantos». Un mérito que se llevan en buena parte los voluntarios del hospital. Son más de 200 y su labor consiste básicamente en hacer sentir a los niños que «la vida sigue siendo vida», explica Parayre. Se dice rápido, pero conseguirlo lleva un poco más de tiempo, dedicación y sobre todo un gran compromiso.

La agenda de los voluntarios incluye actividades los 365 días del año y cuenta con un taller de maquillaje, manualidades, biblioteca, música y un largo etcétera: «Hemos hecho de todo, cine, conciertos, y una vez hasta tuvimos aquí el circo», explica Parayre. Su respuesta a cualquier propuesta, por difícil que parezca, es siempre la misma:

Risas infantiles en el hospital

Un libro recoge la experiencia de los voluntarios para acompañar a los niños enfermos del Sant Joan de Déu



Una niña de Sierra Leona juega con una voluntaria. / DOMÈNEC UMBERT

«Por qué no?».

Pero el trabajo de los voluntarios no termina con los chicos. Su gran función, y quizás también la que pasa más desapercibida, es la de ayudar a los padres. Tal y como explica Parayre, tener un fa-

miliar en el hospital es siempre doloroso, pero cuando éste es un niño, la situación implica una dedicación constante y a menudo los padres tienen que dejar de trabajar. «No hay nada peor para las familias que saber que lo que

le pasa a su hijo no le importa a nadie», explica Parayre.

Por eso, la función del voluntario es también la de sustituir a los padres para que éstos puedan disponer de tiempo para descansar. Los voluntarios están por todas partes, en urgencias, en las salas de espera, en las habitaciones y hasta en los quirófanos.

Entre los voluntarios hay personas de todas las edades, gente que pasa en el hospital algunas tardes, o voluntarios que llevan allí toda la vida. Todos los perfiles son útiles: «Los más jóvenes conectan mucho con los chicos, pueden jugar con ellos, se sienten más identificados». Y sin embargo, cuando un niño se siente mal, a quien quiere es a una figura mayor: «Ésto les hace sentir más tranquilos y seguros, porque les recuerda a sus padres».

El trabajo del voluntario, tal como se cuenta en el libro, es como un *boomerang*, siempre vuelve con una recompensa. «Estar aquí te hace enfocar la vida de otra forma, te va cambiando y esto vale mucho la pena». Quien lo dice es Dolors Alsina, voluntaria en el hospital desde hace más de 20 años. Como ella, la mayoría de los voluntarios coinciden en que el trabajo es duro, pero sobre todo gratificante.

Sin embargo, y tal como recuerda Tina, no hay que perder de vista el objetivo de la tarea: «No es un *hobby*, es un compromiso muy serio en el que gratificación personal no es un objetivo, sino una consecuencia». Muy a menudo son los propios médicos los que piden la colaboración a los voluntarios: «Estar bien es una pieza fundamental en cualquier tratamiento», explica Parayre.